

EL TUBO

(Terror y miseria en las cárceles españolas de la democracia)

Xavier Cañadas Gascón

I

Había sido trasladado al Penal de Segovia procedente de la Prisión Provincial de Alcalá de Henares. Me habían trasladado con el habitual furgón de la Guardia Civil destinado a conducciones de presos.

Llevaba cinco meses sin contacto alguno con el resto de mis compañeros libertarios, definitivamente, aunque más lejos de Barcelona, iba a poder compartir los tiempos de ocio carcelario y también las luchas y los sentimientos con los veintidós presos libertarios, unos de CNT y otros de Grupos Autónomos que se hallaban en aquél penal.

Cuando llegué a Segovia me sorprendí, era el penal más pequeño de los que hasta la fecha había visto, bueno, estábamos a primeros de mil novecientos setenta y nueve y aún no había tenido tiempo de visitar muchos más, La Modelo, en la que estuve, tras haber pasado setenta y dos horas en la comisaría central de Vía Layetana, del dieciocho de enero hasta mediados de septiembre de mil novecientos setenta y ocho, el Penal Psiquiátrico de Huesca en el que pasé solamente un día y en el que el silencio de ultratumba me dejó perplejo, y el de Alcalá de Henares, de donde procedía, en el que había estado cinco meses.

Nada más llegar, me pusieron en la primera galería, con el resto de mis compañeros y no me hicieron pasar el habitual día de período que hacían cumplir en otras prisiones.

Segovia era una prisión muy pequeña, se comentaba, que en tiempos de la Guerra Civil, había sido convento de clausura.

Era un penal famoso, porque en mil novecientos setenta y cinco, se habían fugado bastantes presos de ETA y un compañero anarquista.

La estructura era la típica del panóptico, una estructura central para controlar las galerías que en forma de tela de araña, se extendían según las dimensiones de la prisión, similar a La Modelo de Barcelona, pero más reducida y con menos galerías.

En Segovia, sólo había tres galerías de dos plantas, con unas treinta celdas individuales por planta, galerías estrechas, de tal modo, que en la primera planta, podías estrechar la mano a alguien que pasara por el pasillo de enfrente.

En aquellos tiempos, la galería que tenía más reclusos era la nuestra, veintitrés libertarios, cinco del Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico (FRAP), uno del Partido Comunista de España Internacionalista (PCE(i)), cuatro de los Grupos Revolucionarios Armados Primero de Octubre (GRAPO) y tres presos sin adscripción política.

En la segunda galería había unos seis o siete presos y en la tercera, otros tantos, cinco o seis.

Me instalaron, como ya he comentado antes, en la primera galería, en la última celda del lado izquierdo, justo debajo de la escalera de hierro que conducía a la planta superior.

La celda, medía cinco metros de largo por tres de ancho y casi cuatro de alto. En ella, había una cama individual, con colchón de espuma, una taquilla de madera de unos ochenta centímetros de alto, una mesa adosada a la pared, una estufa eléctrica en funcionamiento, una silla y una taza de inodoro con lavabo y espejo, rodeados estos últimos por azulejos de color blanco.

El sistema de régimen interno era agradable, el trato con los carceleros cordial y correcto, me dio la impresión que allí había funcionarios de prisiones y no carceleros, aunque, con el tiempo, descubriría mi error, pero aún tendrían que pasar algunos meses.

Los compañeros, desde que habían llegado, procedentes de la prisión provincial de Carabanchel, en Madrid, hacía algunos meses, habían llegado a ciertos acuerdos de convivencia con la dirección del penal.

En la planta baja, en una celda situada a mano izquierda, los compañeros, tenían instalada una cocina que habían comprado a través del recadero, la dirección nos traía el mismo rancho que al resto de los presos, pero nosotros lo aderezábamos hasta que realmente era comestible. También adquiríamos

productos de la calle, comprados a través del recadero y, los días en que el rancho estaba verdaderamente asqueroso, cocinábamos lo que queríamos.

En el primer recuento de las siete de la mañana, no era obligatorio formar en la puerta de la celda para que te contaran, -como en el resto de prisiones- podías pasarlo en la cama.

Podíamos tomar el sol en pelotas, en verano claro, en invierno hacía bastante frío.

En el economato de la prisión vendían cervezas, aunque sólo podíamos comprar dos al día, una a medio día y otra al final de la tarde, para la cena. Vendían también papel de fumar. No es que estuviera permitido el consumo de drogas pero lo toleraban, y nosotros, la mayoría de los libertarios, fumábamos hashis y marihuana.

El patio era muy pequeño, justo las dimensiones de una pista de fútbol sala. La ventanilla del economato estaba en el patio, al lado de la puerta de entrada a la galería. En el otro lado del patio había unos lavabos con fregaderos para lavar la ropa y, junto a éstos, la sala de comedor, donde estaba la televisión.

Desde el patio sólo se veía el cielo azul segoviano, desde las ventanas de las celdas, también.

II

A las siete de la mañana, como en todas las prisiones del Estado, era la hora de levantarse, en unas como en Segovia, lo anunciaban con un timbre, -como el de las escuelas-, en otras como La Modelo, con el toque militar de diana de la corneta.

En Segovia, sin embargo, como ya he comentado antes, no era obligatorio levantarse de la cama. Para mí era genial, pues pasaba las noches escribiendo cartas y poemas y estudiando. Había empezado a hacer el Graduado Escolar, por mi cuenta, matriculado en la Escuela Pablo Freire de Verdum. En la prisión había una escuela pero siempre estaba cerrada y el maestro no acudía casi nunca.

A las ocho de la mañana, traían el desayuno a las galerías, una especie de achicoria con agua, más agua que achicoria. Nosotros pasábamos y desayunábamos en nuestra comuna. Torradas con mantequilla, café...

Había compañeros, muy metódicos ellos -cuando estaban los popes-, los GRAPO, que cada día a las siete de la mañana, salían a hacer ejercicios gimnásticos al patio hasta la hora del desayuno, desayunaban en su comuna y seguidamente iniciaban clases diarias de marxismo.

Nosotros los libertarios preferíamos pasar la noche escuchando música, leyendo, escribiendo y fumando porros y dejábamos las mañanas para el profundo sueño invernal segoviano.

A las nueve de la mañana, se hacía el segundo recuento del día, cerraban la puerta del patio, en este sí teníamos que bajar todos a la planta y formar en fila castrense de a dos.

Después abrían la puerta del patio otra vez, pero si tenías sueño podías volver a la cama. Cosa totalmente impensable en cualquier otra prisión del Estado.

El mes de febrero de mil novecientos setenta y nueve, hacía un frío especial en Segovia, al levantarnos nos encontramos el patio con dos palmos de nieve y, con las ganas de juerga que nos caracteriza, como niños, nos pusimos a hacer muñecos de nieve y a tirarnos bolas.

Dentro de lo duro que resultaba estar presos, yo llevaba más de un año lejos de la familia, sin poder verlos más que una vez al mes, sin poder hacer el amor con mi compañera más de una vez al mes, buscábamos siempre la manera de estar divertidos, no como los estalinistas del GRAPO, tan rectos y tan serios siempre –bueno, sólo cuando había algún pope-.

Según la Ley General Penitenciaria, la recientemente aprobada en mil novecientos setenta y ocho, nosotros no podíamos estar en aquél penal, destinado al cumplimiento de condenas en firme. Todos éramos presos preventivos a la espera de juicio, pero ya en aquella época existía la dispersión y el alejamiento lo más posible de la familia y de los amigos, de esta manera no sólo puteaban a los presos sino también al entorno familiar.

En aquella época había unos dieciocho mil presos en España, o sea, el Estado estaba puteando a una media de noventa mil personas.

(Hoy, en el año 2003, año en que escribo este libro, hay cincuenta y dos mil presos, con lo que el Estado está puteando a una media de doscientas sesenta mil personas).

Para los presos terroristas, pues en diciembre de mil novecientos setenta y ocho, con la aprobación de la Carta Magna (La Constitución), habíamos perdido el calificativo de presos políticos, había varias cárceles según las diferentes ideologías. Los del GRAPO estaban en el penal de Zamora y en Carabanchel, los de ETA (cualquiera de las dos, la militar o la político-militar) en Soria y Carabanchel y, los libertarios y el resto FRAP, PCE(i) en Segovia. En aquella época, aún no había independentistas catalanes presos.

El patio se acababa a la una del medio día, volvíamos a la planta, formábamos en filas de a dos y el carcelero de turno nos contaba de nuevo.

Después, la hora de la comida. Nos dejaban el rancho y una barra de pan a cada uno en la puerta de entrada a la galería. Si estaba mínimamente decente, la aderezábamos, la servíamos con cierto arte culinario y nos la comíamos. Si estaba asquerosa, iba directamente a la basura. Entonces nos hacíamos espaguetis, macarrones, tortillas, huevos fritos..., lo que tuviéramos en nuestras despensas.

A las dos de la tarde nos encerraban en nuestras celdas y nos contaban de nuevo, era lo que llamaban la siesta pero que más bien resultaba ser las horas de descanso de los carceleros. Yo aprovechaba estas dos horas para tocar la flauta o la armónica, o para escribir, leer, estudiar, según el estado de ánimo.

A las cuatro de la tarde abrían de nuevo nuestras celdas y a medida que lo hacían nos iban contando de nuevo.

Bajábamos al patio a pasear, a jugar a fútbol sala o a meternos en la sala del televisor a ver la caja tonta o a jugar al dominó, al parchís, al ajedrez (las cartas estaban prohibidas en todas las prisiones, incluida Segovia), como si al dominó o al parchís no pudieras jugarte la pasta.

A las ocho de la noche, teníamos que volver a la planta, formar de a dos y que nos contaran otra vez.

A las nueve de la noche, nos traían la cena y repetíamos la misma operación que a la hora de la comida.

A las diez de la noche nos encerraban en nuestras celdas hasta el día siguiente y mientras tanto, nos contaban de nuevo.

Seis recuentos diarios era para que aprendieran aritmética, suponía. Aunque con el tiempo descubres que es algo más del sin sentido enfermizo y represivo de los mandamases de prisiones.

Sin embargo debo reconocer que como en Segovia no había estado antes en ninguna otra prisión, eso sí, no debía gustarnos demasiado cuando en nuestras cabezas la idea más frecuente era la forma de fugarnos de allí. Si los animales intentan escaparse cuando están encerrados, cómo no íbamos a pensar nosotros en ello, que además tenemos sentimientos.

III

Con la llegada de la primavera, iban desapareciendo los montones de nieve y las placas de hielo del patio.

Por la mañana, el sol resplandeciente en aquél azul tan claro, daba al ambiente el tono seco del clima segoviano. Bajábamos al patio con nuestras toallas y nos tumbábamos en pelotas a tomar el sol amenizados con los refrescos y los porros.

Por las tardes no dada el sol en nuestro patio, jugábamos a fútbol sala y después paseábamos durante largas horas, en parejas, en grupos o solos, dándole a la cabeza, imaginando las formas más inverosímiles de fugarnos de allí.

Durante los meses que llevaban allí mis compañeros, habían descubierto que cuando los funcionarios cacheaban nuestras celdas, golpeaban con barras de hierro el suelo, las paredes y las rejas de la ventana, pero nunca, en ninguna ocasión se les había ocurrido golpear sobre los blancos azulejos que decoraban el inodoro y el lavabo.

.-Ese es el punto débil por el que nos vamos a fugar –dijo Pepe, un colega del Caso Scala-.

Teníamos en nuestro poder, guardado de forma clandestina, el libro “Operación Poncho”, que narraba paso a paso, la fuga de ETA político-militar de mil novecientos setenta y cinco.

Sabíamos también que después de aquella fuga había habido una inversión millonaria para dotar de más seguridad aquel penal, pero no sabíamos en qué lo habían invertido.

Cuando estaban los polimilis de ETA, la cocina del penal era tercermundista y de leña, ahora era de gas, industrial. Las galerías no estaban separadas entonces, sin embargo ahora, en la entrada de cada galería había un muro de claraboyas y una puerta de acero.

Posiblemente hubiesen reforzado también los colectores, que es por donde se fugaron los de ETA, pero había que descubrirlo y, en tal caso, con dar media vuelta y picar hacia la calle estaba todo solucionado, al otro lado de la calle, según nos habían informado compañeros de Madrid, habían instalado encima de una tapa de cloaca, una gran caseta amarilla del MOPU, para unas obras de remodelación de un parque que iban a durar unos cuantos meses.

Decidimos que el mejor lugar para iniciar el túnel era la celda de Luís –otro compañero del caso Scala-, porque estaba debajo de la escalera y porque tanto desde la celda de al lado como de las dos de arriba, se podía estar tirando agua por los inodoros continuamente. Evidentemente, habíamos pensado seguir la táctica de ETA y tirar la tierra por los sumideros.

El compañero Pepe, manitas él donde los haya, se dedicó, ayudado del mango de una cuchara, a sacar ocho azulejos enteritos, que además, casualmente (él había tomado medidas antes), eran del mismo tamaño que una puerta de nuestras taquillas.

Así empezamos el túnel, por la pared. La separación entre celda y celda, es decir, el muro que separaba las celdas, era de aproximadamente un metro. La cuestión era abrir un boquete en la pared y tirar hacia abajo, a ver qué nos encontrábamos.

Lo primero que descubrimos, fue que la prisión, mejor dicho, lo que antes parecía haber sido un convento de clausura, era muy vieja, los muros estaban hechos de rocas y cemento.

Aquél descubrimiento nos complicaba un poco las cosas, hasta que llegáramos al suelo teníamos que sacar cada día las rocas, guardarlas debajo de la cama de Luís y después, volver a ponerlas en la pared.

El trabajo al principio era lento, trabajábamos con mangos de cucharas, rascando el cemento para ir liberando las rocas.

En prisiones, se redimía la condena por trabajos realizados en el interior, nosotros estábamos decididos a trabajar para ello, aunque tardásemos menos tiempo y la redención fuese más corta.

Tras dos semanas de esfuerzos habíamos llegado al suelo de la celda contigua, pero de nuevo, nos surgió otro problema. Nos encontramos con dos rocas que estaban encastadas en punta y que sólo podíamos liberarlas del cemento por detrás. Habíamos descubierto que detrás de esas dos rocas, es decir, debajo de las celdas, lo que había era tierra.

Sólo hacía falta que alguno de nosotros intentara entrar entre las dos rocas, sacara tierra para hacer una campana y poder guardar las rocas que guardábamos debajo de la cama de Luís y que cada vez teníamos que volver a poner en el muro.

¿Quién era el más delgado?, el Xavi.

Me eligieron, entre veintidós anarcos, para llevar a buen fin tal cometido, se trataba de mi libertad y la de mis compañeros, no podía negarme.

Al día siguiente, por la mañana, entré en la celda de Luís acompañado de Pepe.

Pepe me dijo que tenía que entrar de cabeza, lo intenté varias veces, pero me ahogaba.

.-Quiero entrar de pies –le dije-.

.-No -me contestó- tienes que entrar de cabeza.

Lo intenté un par de veces más pero la claustrofobia me anulaba por completo.

Salimos de la celda de Luís y se convocó una asamblea en la sala del televisor.

.-Sólo cabes tú entre las dos rocas, o lo intentas de nuevo, o no salimos de aquí, fue el clamor popular.

.-¡Vale! –dije- Lo intento de nuevo pero con otra persona, alguien que me deje meterme como a mí me de la gana.

Por la tarde, después de las dos horas de siesta, entré en la celda de Luís acompañado de Agustín.

.-Quiero entrar de pie –le dije-.

.-Entra como quieras, pero entra, cabrón –me contestó-.

Entré de pies, me rasgué toda la espalda con una de las dos rocas, pero entré. Empecé a sacar tierra como un loco, un plato de alpaca era mi única herramienta.

.-No corras tanto que no dan abasto para deshacerse de la tierra –me dijo Agustín-.

.-Que se jodan y trabajen más rápido –le contesté-,

Había momentos en que me caían encima grandes cantidades de tierra, pensé que me quedaría sepultado en alguna ocasión.

.-Tranquilo colega –me decía Agustín- No te vas a quedar enterrado, te voy a sacar aunque tenga que dejar dentro medio cuerpo tuyo.

.-¡Qué alivio, colega! –le decía yo-mientras continuaba sacando tierra.

En las cinco horas de aquella tarde, saqué la tierra suficiente como para sacar de en medio las dos rocas que nos molestaban, esconder las rocas que cada día escondíamos debajo de la cama de Luís, y hacer el espacio suficiente para que al siguiente día, pudieran entrar a trabajar dos compañeros a la vez.

IV

Cuando salí del túnel todo eran felicitaciones, habíamos sacado cuarenta cubos de cincuenta litros.

Me había rasgado la espalda, tenía una brecha desde la nuca hasta el coxis, evidentemente no podía ir al médico, los compañeros me la desinfectaron con sal. A partir de entonces ya no podría salir al patio, los carceleros no entenderían que saliera con camiseta cuando siempre había salido en pelotas.. Se me asignó un trabajo que duraría tres meses y medio.

Tenía que estar todo el día, mientras se estaba trabajando en el túnel, en la celda del piso de arriba, pegado a la puerta de la celda semiabierta, para controlar la entrada de los carceleros. Cuando entraban, con un palo de escoba, daba dos golpes en el suelo, Luís, en la celda de abajo, avisaba a los compañeros para que dejaran de trabajar al tiempo que ponía la tapa en la entrada del túnel.

Cuando los carceleros se iban de la galería, daba tres golpes con el mismo palo de escoba, Luís, en la celda de abajo, sacaba la tapa del túnel y avisaba a los compañeros para que siguieran trabajando.

Pedí a los compañeros poder trabajar otro día más en el túnel, necesitaba saborear el olor de la libertad.

Mi trabajo lo hacía a la perfección, con un estilo metódico no demasiado característico en mí, acostumbrado a hacer lo que me apetecía en cada momento, pero aquello no era un trabajo, no era una obligación impuesta, era ni más ni menos que una cuestión de ética. De que cada cual de nosotros hiciera su trabajo a la perfección, dependía la libertad del resto.

Al mes de estar vigilando me permitieron entrar de nuevo a trabajar en el túnel. Esta vez entré de cabeza por el agujero de la pared. En esta ocasión ya no me ahogaba, respiraba bien, respiraba y paladeaba el gozo necesario de la libertad.

El túnel no tenía nada que ver con lo que se proyecta en películas, era una cavidad larga de no más de cincuenta centímetros de altura, tenías que avanzar por él de rodillas.

El trabajo estaba bastante avanzado, cada metro que profundizábamos en el túnel resultaba más duro, cada vez resultaba más difícil la respiración, necesitábamos ventilación.

Uno de nuestros abogados nos trajo secadores de pelo y cincuenta metros de cable. Aquello nos solventó en gran medida las necesidades de respiración asistida. A partir de aquél momento, los compañeros trabajaban más rápido.

El túnel avanzaba día a día en su proceso hacia nuestra libertad. Podíamos trabajar cuatro horas por la mañana y cuatro por la tarde, no teníamos

maquinaria industrial, nuestras herramientas eran cucharas, platos de aluminio y cubos de plástico. Nuestros aliados, el tiempo, nuestra minuciosa vigilancia y los sumideros de los inodoros.

A los pocos días, los del FRAP nos dijeron que estaba claro que estábamos preparando una fuga, que ellos no se iban a fugar porque el gobierno español ya había entrado en relaciones con Albania y tenían el indulto asegurado, pero nos pidieron que les dejáramos colaborar de algún modo.

Aquella propuesta nos vino como anillo al dedo. La arqueta del inodoro de Luís, hacía dos días que debía estar llena, no tragaba demasiado bien. Dos miembros del FRAP, estaban alojados en las dos celdas del piso superior que daban a la misma arqueta.

Encantados aceptaron el encargo. Aquellos dos miembros del FRAP, se pasaron muchos días en sus celdas, sin salir al patio, para tirar agua por sus inodoro, hasta que con el tiempo se saturó de nuevo la arqueta y decidimos seguir otra estrategia.

A partir de ese momento, era habitual ver a cualquier compañero, salir de la celda de Luís con un cubo de cincuenta litros lleno de tierra y con ropa encima, para disimular.

El mejor lugar por donde tirar esa tierra era el inodoro de mi celda.

Los presos comunes que estaban en nuestra galería, evidentemente chivatos, debieron darse cuenta de algo, el caso es que a partir de entonces, los carceleros hacían entradas a la galería por sorpresa. Había que estar milimétricamente al tanto de sus movimientos. Había que extremar al máximo las normas de seguridad.

Tanto los chivatos como los carceleros, sabían que estábamos haciendo un túnel, pero no sabían dónde ni de qué manera. Lo tenían claro, si la gente salía a cada poco de la celda de Luís con cubos de ropa, debía ser allí donde se estaba haciendo el túnel.

Cada vez que entraban en la galería iban directos a la celda de Luís y no encontraban nada, solamente a Luís, tumbado en su cama leyendo algún que otro cómic. Luís tampoco podía salir de su celda, era el encargado de quitar o poner la tapa del túnel y de avisar a los compañeros si debían parar de trabajar o debían seguir.

De repente, los compañeros llegaron a la arqueta. Ésta no se podía salvar con cucharas y platos de aluminio, necesitábamos una escarpa y una maceta. Se pasó la información al exterior, a través de una comunicación normal con la familia, la familia se lo comunicó al abogado y en menos de una semana teníamos su cordial visita.

La escarpa y la maceta, obviamente, eran para picar y romper la arqueta, es decir, teníamos que hacer bastante ruido y se iba a oír en cualquier lugar de aquel pequeño penal.

En el patio, justo en la pared de la celda en la que estaba el túnel, los compañeros pintaron una especie de portería de fútbol, pero con una innovación, la pelota era de básquet y no había portero, era cuestión de ir dándole patadas seguidas para amortiguar el ruido de la maceta sobre la escarpa y de ésta, a su vez, sobre los ladrillos de la arqueta.

Esta operación retrasó mucho el trabajo, no es lo mismo picar sobre ladrillos de pie, que de rodillas y sin demasiada ventilación.

Casi a los tres meses, descubrimos que realmente había habido inversión en sistemas de seguridad, por los colectores no cabía ni siquiera yo que era el más flaco.

Era algo con lo que contábamos desde el principio, ahora, la cuestión era volver a la campana e iniciar el túnel en sentido opuesto, es decir hacia la calle, hacia nuestra libertad gracias al MOPU.

La concreción de la consecución de nuestra libertad, una vez fuera del penal, no estaba demasiado clara. Compañeros de Madrid se encargaban de dejar coches robados el día anterior, con las llaves puestas en el contacto y una pistola en cada vehículo. Cada grupo, íbamos a saber exactamente dónde se encontraba nuestro vehículo. Hasta ahí todo perfecto. El problema era que los compañeros de Madrid no tenían suficiente infraestructura para escondernos durante tres o cuatro meses a los veintidós anarcos que allí estábamos presos. Lo pactado era salir todos en dirección a Madrid, a unos diez kilómetros de Segovia despeñar los vehículos por unos barrancos y a partir de ahí, que cada cual se buscase la vida.

Recuerdo que los cinco de Barcelona, Pepe, Luís, Agustín, Arturo y yo, teníamos dos opciones. Una, venir andando, por el monte, hasta Barcelona que era donde creíamos tener contactos. Otra, volver a Segovia y escondernos en un pueblo cercano, ahí sí que teníamos contactos de verdad.

El plan era caminar de noche y dormir de día, como los últimos maquis y como éramos tan legales con el pueblo, no robar a nadie, para ello íbamos a salir con dinero, y disimulando, ir a los pueblos de vez en cuando a comprar comida.

Yo nunca lo tuve demasiado claro pero tampoco tenía otro plan mejor y mucho menos contactos en ninguna parte. Bueno, conocía a bastantes comunistas, pero seguro que nos hubiesen traicionado, dinámica habitual en ellos desde antes de la segunda república. Si en el ritual gitano, chivarse de un payo no es ser un chivato, en el ritual comunista, chivarse de un anarquista no es ser un chivato. De hecho siempre se habían chivateado entre ellos, su lema, siempre ha sido "el fin, justifica los medios"... Si no, ver cómo fue la detención de Julián Grimau, por poner un solo ejemplo entre centenares.

Bueno, dejando disquisiciones filosóficas y enfrentamientos políticos a un lado, volvamos al túnel de Segovia.

En cualquier caso, si nos enganchaban por el camino, era cuestión de volver a aguantar o no, las torturas de comisaría y esperar una condena de doce años más, lo cual no nos importaba demasiado a los del Caso Scala, pues nos pedían ochenta años a cada uno, el tema entonces, no estaba en doce años más o doce años menos, al fin y al cabo íbamos a la ley de los treinta años.

Los carceleros estaban muy nerviosos, sabían que en la celda de Luís había algo pero nunca encontraban nada. Se pasaban los días intentando buscarnos la vuelta, entrando, saliendo, volviendo a entrar.

Pero ahí estábamos yo con mi palo de escoba y Luís poniendo y sacando la tapa, para no darles ninguna oportunidad.

Aquél nerviosismo de los carceleros nos encantaba, nosotros sabíamos dónde estaba algo que ellos no podían encontrar. Creo que el movimiento libertario nunca estuvo tan organizado como en aquellos momentos.

Llegó un momento en que los carceleros estaban demasiado nerviosos.

Los compañeros encargados de organizar la fuga, se reunieron en la celda donde yo vigilaba cada día.

.-Baja a la planta –me dijeron-. Tú sabes cómo parar a los funcionarios.

.-Que haya siempre alguien mirando por la puerta –dije-, no paran de entrar y salir.

.-Tranquilo -me dijo un compañero- encárgate de pararlos el tiempo que creas oportuno.

Así lo hice, bajé a la planta y empecé a pasear esperando que entraran en cualquier momento en la galería.

Ahí estaban, tres carceleros entrando en la galería y caminando directos hacia la celda de Luís.

Los paré a los tres.

.-Tengo que ver al maestro urgentemente –les dije- mañana tengo un examen y quiero aplazarlo. Lo dije gritando para que me oyera tanto Luís como los que se habían quedado en la celda de arriba vigilando.

Al poco les dejé seguir su trayectoria, llegaron a la celda de Luís, no encontraron nada y salieron de la galería, pero inmediatamente, entraron por otra puerta, yo estaba vigilante y volví a pararlos gritando, pero, desgraciadamente, esta vez, los de la celda de arriba no estaban vigilando.

Los retuve gritando el tiempo que consideré necesario para que los de la celda de arriba se dieran cuenta y avisaran a Luís.

A los tres minutos les dejé seguir su rumbo.

Esta vez habían encontrado el túnel. Luís salía tras los tres carceleros a gritos, diciéndoles que los iba a matar. Los tres carceleros perdían el culo corriendo. Luís había hecho aquello para que al menos, no descubrieran a los dos compañeros que estaban trabajando dentro del túnel, era lo estrictamente correcto en esos casos.

V

Los compañeros de dentro del túnel salieron y se cambiaron de ropa. En breves momentos nuestra galería se llenó de carceleros.

Nos trasladaron a todos al patio de la tercera galería.

.-¿Qué ha pasado? –decíamos nosotros-.

.-¡Ya lo sabéis!. Hemos encontrado el túnel.

.-¿Qué túnel? –decíamos-.

Estando en el patio de la tercera galería, vinieron tres carceleros buscando a Luís y se lo llevaron al despacho del director.

.-Como oigamos un solo grito, quemamos la cárcel y os matamos a todos –les advertimos-.

No lo tocaron, lo castigaron a dieciséis días en celdas de aislamiento, era lo estrictamente reglamentario pero pactamos con la dirección poder ir a verlo cada día, por la mañana y por la tarde.

Intentaron hacer un proceso judicial contra Luís. Los libertarios montamos una estrategia, nos llamarían a todos a declarar. Íbamos a decir que las herramientas nos las había entrado “Don Arturo” un carcelero bastante cabrón, que por ello había cobrado de la CNT un millón de pesetas y que cuando saliéramos, le iban a pagar otro millón. Lo comunicamos a los compañeros de la calle y aceptaron la propuesta.

No se atrevieron, de haber juzgado a Luís por el túnel, le habrían caído entre seis y doce años por destrozos en instalaciones del Estado.

El “Adelantado de Segovia”, publicó la noticia tres días después.

Un centenar de ciudadanos de Segovia rodearon la prisión con picos y horcas para evitar que nos escapásemos -según informaciones fidedignas de nuestras familias-. La dirección de la prisión, aseguraba que se trataba de un túnel hecho por ETA en mil novecientos setenta y cinco y que nos habían pasado la información desde la calle.

.-No pueden haberlo hecho los anarquistas –decían-, la única manera de perforar la pared es con un martillo compresor y no hemos oído ningún ruido. Dejamos que descubrieran el libro de ETA, “Operación Poncho”. Y les dijimos que había otro túnel, pero que esta vez nos íbamos a asegurar de que no lo encontrarán.

Nos trasladaron de nuevo a nuestra galería. El suelo de mi celda estaba inundado, hacía varias semanas que se había reventado la arqueta de tirar tanta tierra por el sumidero, yo disimulaba el percance con montones de ropa sobre el surtidor que últimamente estaba adquiriendo las condiciones de fuente.

Una vez en la celda, empecé a aporrear la puerta y a gritar.

Abrieron la puerta de mi celda.

.-¿Qué le pasa ahora? –me dijo el Nazi, un carcelero que era jefe de servicios-.

.-Que sois malos hasta haciendo cacheos, cabrones, me habéis roto la celda y está llena de agua...

.-Coja sus cosas, lo trasladamos a una celda del piso de arriba.

Menos mal, no me iban a sancionar.

Estuvieron dos meses esquizofrénicos buscando el túnel imaginario. Nos lo pasábamos en grande viéndolos buscar.

Antes de iniciar el túnel habíamos tenido problemas entre nosotros, la comuna se había disgregado en cuatro grupos diferenciados. El hecho del túnel nos había unido de nuevo. Ahora ya no había túnel y volvimos a disgregarnos.

Es muy difícil la convivencia dentro, cuando te enfadas con alguien sabes que vas a seguir viéndolo un día sí, otro también, sobre todo en aquél penal tan pequeño.

Sin embargo, nunca desistimos en nuestro empeño de fugarnos. La fuga ya no sería masiva, a partir de ahora lo intentaríamos por los tejados y tan sólo podrían fugarse cuatro o cinco. Había un compromiso tácito, una especie de pacto de sangre, se fugarían compañeros que tuviesen contactos con Acción Directa en Francia o con Lucha Continua en Italia, con el compromiso de buscar la forma y los medios para liberar al resto.

En una de nuestras investigaciones de terreno, en una ocasión que subieron dos compañeros al tejado, sacaron una claraboya de unos doce metros cuadrados para ver qué había debajo. Encontraron archivos de presos del franquismo y se hicieron con algunos de ellos. Hacía viento esa noche y, la claraboya cayó al patio rompiéndose en añicos y con un estruendo ensordecedor.

Los carceleros intentaron entrar en la galería y se lo impedí. Los retuve hasta que me informaron que habían bajado los dos compañeros que estaban arriba.

Pepe –compañero del Caso Scala-, empezó a confeccionar una soga, haciendo trenzas con tiras de sábanas. Todos tuvimos que pedir varios juegos a nuestras familias.

Teníamos pensadas algunas estrategias, una era subir todos a los tejados, montar un motín en un ala de la prisión y que los compañeros se fugasen por otra ala.

La vida en la cárcel discurría con tranquilidad. Convencidos los carceleros de que el segundo túnel no era más que una vacilada nuestra, bajaron la guardia y dejaron la rutina de cacheos diarios.

Llegaba la Semana Santa, entre unos cuantos decidimos hacer una procesión sarcástica en el patio.

Por aquella época yo estaba muy delgado, tenía una melena rizada que me caía por debajo de los hombros y una prominente barba con bigote. Estaba claro, yo haría de Jesucristo.

Confeccionamos una corona de porros y me coloqué una sábana blanca sobre el cuerpo totalmente desnudo. Me senté encima de una mesa y cuatro compañeros hicieron de portadores, el resto nos seguía con porros “seis papeles” a modo de antorchas.

Dos carceleros empezaron a increparnos.

.-¡Sacrilégio, esto es sacrilégio! –decían indignados-.

Cuando la comitiva llegó ante su presencia, levanté la sábana que cubría mi cuerpo desnudo, tomé mi pene con la mano derecha, y les dije:

.-¡Tomad hermanos, comed y bebed, esta es mi carne, esta es mi sangre, más barato, todo en el mismo pack!.

De alguna manera teníamos que divertirnos.

Había un carcelero, un poco moña él, que en verano, cuando tomábamos el sol en pelotas, buscaba cualquier pretexto para salir a nuestro patio y vernos desnudos, los ojos le hacían chirivitas.

.-¡Qué! ¿Te apetece una mamadita? –le decíamos-.

Se ponía colorado y se iba.

Cierto día, a las siete de la mañana, un compañero de la planta baja empezó a llamarnos a todos a gritos.

.-¿Qué pasa Paquito? –le dijimos-.

.-He secuestrado a dos carceleros.

.-¡Joder tío, podías haber esperado un par de horas!. En fin, ¿qué pides?.

.-El indulto general y la amnistía.

.-¡Vale! Pero mejor que los subamos arriba.

Hacía apenas tres semanas que Paquito había llegado a Segovia y no conocía a los carceleros de aquel penal. Los dos secuestrados eran nuevos en el cuerpo y se enrollaban bastante bien.

Los subimos a una celda del piso de arriba y los tuvimos entretenidos durante las doce horas que duró el secuestro, les llevábamos café, bocadillos a la hora de almorzar, comida hecha por nosotros a la hora de comer, les contábamos chistes... Acabaron fumando porros.

El Nazi, nos amenazó con que si no los soltábamos, haría entrar a la Guardia Civil y que ya había en la puerta del centro una bandera de antidisturbios.

Le dijimos que bueno, que entraran, pero si entraban lo hacíamos responsable a él de la muerte de sus compañeros.

.-Te proponemos un trato –le dijimos-. Te cambiamos por los dos.

Evidentemente no aceptó, lo hubiésemos puteado durante todo el tiempo, porque como su apodo indicaba, era un hijo de puta de mucho cuidado.

Finalmente, tras un pacto con la dirección para que trasladaran a Paquito al Psiquiátrico de Carabanchel –él quería ir allí porque decía que sabía cómo fugarse-. A las ocho de la noche, soltamos a los dos carceleros novatos.

Al día siguiente les tomó declaración un Juzgado de Instrucción de Segovia y, declararon que no habían sido secuestrados, que habían estado con nosotros

por iniciativa propia, que los habíamos tratado muy bien, que entendían nuestras reivindicaciones y que se salían del cuerpo.

Pepe, había acabado la sogá, unos sesenta metros. La fuimos probando por tramos, nos colgábamos tres de la sogá y resistía.

La teñimos con betún negro.

Con ángulos de las literas construimos un gancho, lo forramos con tela de sábanas y lo teñimos con betún.

Esperamos una noche sin luna.

Cuatro compañeros se subieron al tejado, lanzaron la sogá con la intención de que el gancho se agarrara al muro exterior, con tan mala suerte que, no sólo no se enganchó, sino que, de regreso, chocó con una cristalera destrozándola por completo.

Los guardias civiles, de retén en las garitas de vigilancia, les dieron el alto mientras les apuntaban con sus cetmes.

.-¡Disparad si tenéis cojones! –les decían los del tejado mientras les tiraban alguna que otra teja-.

Los carceleros intentaron entrar en la galería y de nuevo, estaba yo allí para impedirlo.

Una vez hubieron bajado del tejado y estando todos los compañeros en la sala de televisor les dejé entrar.

Vinieron a la sala de televisión.

.-Usted era uno de ellos, Cañadas, lo he reconocido por las bambas –dijo el Nazi-.

.-¡Vaya! –le contesté- ¡Quién no os ha dejado entrar en la galería, ha debido de ser mi otro yo!.

De nuevo no pasaba nada, sin culpables no podían sancionar a nadie.

Llegado el verano, harto de que no nos hicieran el juicio, me declaré en huelga de hambre y de sed, yo solito. A los cuatro días vino a vernos un abogado, nos traía como de costumbre, chocolate y una botella de Chivas diez años.

En huelga de hambre y de sed como estaba no podía beber alcohol, de modo que mis compañeros de causa se bebieron el Chivas y yo me fumé los porros. Aquello me bajó la tensión y me desmayé en el locutorio de jueces y abogados.

En media hora me sacaban de urgencias al hospital de Segovia.

Iba con las manos esposadas a la espalda y custodiado por diez Guardias Civiles que me apuntaban a la cabeza con sus cetmes.

Dos horas después, estaba de nuevo en el penal. Había contemplado piernas y pechos de enfermeras y doctoras. No estaba nada mal.

Desistí en mi postura de huelga de hambre y sed y me masturbé.

VI

Los días se sucedían monótonos, no pasaba nada. Pasábamos los días como aletargados, expuestos al sol durante la mañana y fumando porros durante todo el día.

Yo seguía dedicando como siempre, las noches a escribir cartas, a conectarme con el exterior, a componer centenares de poemas de amor para mi compañera. Ella me escribía muy poco, a lo sumo una cuartilla con cuatro o cinco líneas cada dos o tres semanas. Nunca me contaba nada de la calle, nunca le gustó escribir.

Menos mal que estaban Yoyi y Sole, que me escribían casi a vuelta de correo. Ellas sí me explicaban cosas de la calle. Cómo iba cambiando la urbanización del barrio y cosas así.

Con Sole, llegamos a tener relaciones sexuales por correspondencia, era el ejercicio del erotismo a través de la literatura.

Yo saciaba mis instintos sexuales con el “vis a vis” de cada mes y con revistas eróticas y pornográficas. Me masturbaba un par o tres veces por día.

Aún no había tenido relaciones homosexuales, aunque no descartaba la idea. Al revés que otros compañeros que siempre se han considerado muy machitos, yo entendía la sexualidad como algo normal y no renunciaba a probarlo algún día, eso sí, con alguien por quien realmente me sintiera atraído.

Iban pasando las semanas y los meses. Agustín había solicitado a la dirección general, en infinidad de ocasiones, que lo trasladaran a Barcelona, pues hacía mucho tiempo que no veía a sus ocho hijos. Su compañera no estaba en una buena situación económica, venía a verlo cada dos o tres meses, pero no le llegaba para pagar el viaje de los niños.

Harto de que no contestaran a sus peticiones decidió un buen día, declararse en huelga de hambre.

A los diecisiete días estaba bastante débil.

Decidimos no encerrarnos para la siesta hasta que lo sacaran al hospital.

Pepe, Luís y yo, estábamos con Agustín en su celda. Entró el Nazi y alguien desde fuera de la celda, cerró la puerta y puso el cerrojo.

.-¡Me han secuestrado! –dijo el Nazi-.

.-¿Quién te ha secuestrado, gilipollas? –le dije yo.

.-Ustedes... Esta me la pagarán.

.-Digan a sus compañeros que abran la puerta inmediatamente.

.-Nosotros no somos jefes de nadie, somos anarquistas, funcionamos a nuestro libre albedrío. El que ha cerrado ya abrirá cuando quiera.

A la media hora alguien abrió la puerta y el Nazi salió por patas.

Media hora después se llevaban a Agustín al hospital.

Para una hora de encierro que quedaba, decidimos seguir en nuestra actitud y no dejamos que nos encerraran para la siesta.

Unos dos meses después, nos enteramos que habían encerrado en el Penal de Segovia a unos chavales menores de dieciséis años, algunos de ellos no tenían ni catorce.

Decidimos amotinarnos hasta que se los llevaran.

Nos amenazaron, como de costumbre, con la entrada de la Guardia Civil.

.-¡Que entren, si tienen huevos! –contestamos-.

Empezamos a preparar cócteles de humo con betún y disolvente, ollas con aceite hirviendo y recolectamos de las celdas todo tipo de objetos contundentes. Subimos todos a la primera planta y esperamos pacientemente su entrada.

No entraron.

Los menores fueron trasladados a algún reformatorio y depusimos nuestra lucha.

Días después, la CNT nos había enviado un sobre a cada uno con la revista CNT y la Solidaridad Obrera. Contenían ambas un extenso artículo sobre un motín en Carabanchel.

El Nazi nos notificó que no podía entrar dicho artículo. Nos daba dos opciones, cortaban el artículo y nos pasaban el resto o los devolvían al remitente.

Decidimos que las devolvieran al remitente.

.-Entonces tienen que firmar conforme están de acuerdo con la devolución.

.-¡Vamos a hacer asamblea y ya te diremos algo! –le dijimos-.

En la asamblea, convinimos ir a firmar de uno en uno y que, hacia la mitad de la cola, fuera yo y le robara un sobre.

Así lo hice.

Una vez en el centro, con el Nazi sentado en su butaca, la pila de sobres firmados a su derecha y los no firmados a su izquierda. Tomó el que me correspondía con su mano derecha, yo lo cogí por el otro extremo, iniciamos un tira y afloja suave, no me iba a llevar ese sino otro de cualquiera de los dos montones pero tenía que entretenerle y hacerle sufrir un poco.

.-¡Era broma! –le dije-, toma.

Se relajó, y en una décima de segundo cogí otro sobre, salí del centro y lo introduje a través de las rejas de la galería.

La cosa no pasó de ahí, el Nazi se enfadó conmigo. Yo estaba acostumbrado, nos enfadábamos a menudo mutuamente.

.-Le juro que ésta me la pagará. –dijo-.

.-¡Ya, como las anteriores! –le contesté-.

Volvimos de nuevo a la monotonía. La situación se hacía insostenible entre los compañeros, cada vez nos disgregábamos en grupos más pequeños, llegamos a funcionar por parejas y hasta individualmente.

Un buen día, entre dos o tres, decidimos organizar una comida de hermanamiento, todo el mundo estuvo de acuerdo y nos pusimos manos a la obra. Comimos en el patio.

Aquello sorprendió a los carceleros, no entendían que de repente nos volviéramos a llevar bien, se imaginaron que estábamos preparando otra fuga.

VII

Al día siguiente, sobre las cinco de la madrugada, me despertó el ruido de la puerta de mi celda. Entraron tres carceleros.

.-Recoja sus cosas, se va de conducción –me dijo uno-.

.-¿Voy a Barcelona? –pregunté-.

.-No lo sé, pregunte a Don Herminio.

.-Don Herminio era el Nazi-.

Miré hacia la puerta de mi celda y vi dos enormes cuerpos de policía antidisturbios, eran tan grandes que no les veía las cabezas.

Salí de la celda con dos bolsas llenas de ropa y enseres personales, el saco de dormir, mi almohada personal...

En la planta de la galería había un túnel formado por Guardias Civiles antidisturbios.

Aquello no era una conducción normal, era un secuestro. ¿A dónde me llevarían?.

En la celda de cacheos, le pregunté al Nazi dónde me llevaban.

Me sonrió cínico.

.-A un lugar del que no saldrá con vida.

.-Si salgo vivo, algún día volveré para matarte, hijo de puta –le dije-.

.-Aquí le espero –dijo soltando unas carcajadas-.

Me introdujeron esposado a la espalda, en un furgón de la Guardia Civil. Media hora más tarde introducían a Arturo, media hora después a Luís.

.-Si traen ahora a Pepe es que vamos a Barcelona, a juicio.
Media hora más tarde trajeron a Nico, de Grupos Autónomos de Valencia y media hora después a Alcatraz, también de Grupos Autónomos de Valencia. Estaba claro, éramos los únicos libertarios menores de veintiún años, nos llevaban al Penal de tortura de Ocaña, en Toledo.
El furgón se puso en marcha y salió a toda velocidad. Pasamos los brazos esposados por debajo de las piernas y nos pusimos las esposas delante. A mí no me habían puesto el seguro y, del estiramiento, se cerraron hasta el límite clavándose en mis muñecas.
Cada vez que el furgón tomaba una curva nos tirábamos los cinco hacia ella, con la intención de hacer volcar el furgón.
Entramos en Madrid. El furgón se paró ante un semáforo. Debían ser las ocho de la mañana, en una parada de autobús estaban esperando casi un centenar de obreros. Sacamos las manos esposadas por las ventanas, y empezamos a gritar.
.-¡Amnistía General, Amnistía General...!.
Más de la mitad de los allí presentes se sumaron a nuestros gritos.
La Guardia Civil encendió las sirenas del furgón y salió a toda velocidad, ya no se detuvo hasta llegar al Penal de Ocaña.
Abrieron el portón de entrada al nuevo penal, el furgón giró a la izquierda, por el rastrillo -el espacio que separa el muro colindante con la calle-, de los muros del penal. Volvió a girar a la derecha.
A unos cien metros vimos una pequeña puerta abierta y un carcelero con gorra de plato, gafas de sol, guantes de piel negros y un bate beisbol entre las manos. Nos esperábamos tal recibimiento.
Yo me puse ante la puerta de salida del furgón para que me pegaran el primero.
La suerte no me suele jugar buenas pasadas. Me tocó el último.
Nos hicieron ponernos contra el muro, separados unos diez metros entre cada uno, con las esposas puestas aún.
La Guardia Civil quitó las esposas de Alcatraz, le había tocado el primero. El del bate se ensañó con él y aunque Alcatraz era grande como un armario, le dio un puñetazo y lo tiró al suelo. Una mano lo agarró desde dentro de la puerta abierta y empezaron los sonidos de golpes y más golpes. Ni un solo grito, sin embargo.
Después le tocó a Arturo.
Yo me reía de miedo. Luís que estaba delante de mí en el turno para la sesión de torturas, me miraba incrédulo. Reconozco que aquél no era el mejor momento para reír, pero mis emociones me estaban jugando una mala pasada. El carcelero del bate me miraba y me hacía gestos, insinuando que me iba a machacar.
Le tocó el turno a Luís. Un Guardia Civil le quitó las esposas. El del bate descargó su arma sobre la boca del estómago de Luís, éste se dobló de dolor y el bate se estampó de nuevo contra sus costillas.
Por fin me tocaba a mí. Ya no me reía. Sentía pánico, odio, rabia, impotencia, todo mezclado.
Esperaba que sucediese como con el resto de mis compañeros, primero me quitarían las esposas y luego empezaría a pegarme. No fue así. Antes de que me quitaran las esposas me dio un puñetazo en la boca, rompiéndome los labios y luego me machacó literalmente con su bate. Por fin me quitaron las

esposas, pensé que me haría andar como a los demás mientras me pegaba, pero de nuevo me equivoqué. Volvió a machacarme durante unos diez minutos.
.-¡Camina, asesino! –me dijo de pronto-

Empecé a caminar a grandes zancadas para llegar cuanto antes a la puerta, un metro avanzado era un metro menos de tortura.

.-¡No tan rápido, cabrón, te voy a matar! –me gritó-

A cada paso descargaba su bate dos o tres veces contra mi espalda. Empezaba a no sentir el dolor.

Atravesé la puerta y descubrí el túnel del terror, unos cuarenta antidisturbios se apostaban a ambos lados de una estrecha galería, unos blandían porras eléctricas, otros porras normales, otros, las culatas de sus cetmes.

Empecé a caminar, debía tener cuidado de no caer, no paraban de ponerme la zancadilla, pasé todo el túnel mirando al suelo. Sus armas no cesaban de estrellarse contra mi espalda, daba lo mismo, ya no sentía nada.

Terminado el túnel, el del bate me hizo entrar en una celda llena de sangre y orines.

Con el del bate entraron cuatro antidisturbios y tres carceleros más. Cerca de media hora más de golpes de bate, porras, culatas, puñetazos, patadas en los testículos...

En comisaría, cuando nos detuvieron, había sido lo mismo durante tres días, pero al menos allí querían saber algo. Aquí no querían saber nada, no preguntaban nada, sólo me machacaban para desprender adrenalina y relajarse de sus instintos sádicos. Estaban enfermos, me miraban como diciéndome, si gritas dejamos de pegarte.

No estaba dispuesto a concederles esa satisfacción. Mis ojos estaban llenos de lágrimas por dentro, pero debía contenerlas.

.-¡Desnúdate, asesino! –me gritó el del bate-

Me desnudé.

.-¡Cien flexiones! –gritó otro-

Empecé a hacer flexiones, a la quinta, una bota descargó contra mi espalda y me estampé la cara contra el suelo, me desplomé y empezaron a lloverme patadas y pisotones por todos los lados. Me reincorporé como pude.

Recordé entonces el dicho de la Pasionaria, aunque no compartiera con ella ninguna de sus ideas: “Más vale morir de pie, que vivir de rodillas”.

De repente pararon de torturarme.

.-Ponte en esa ventana –me dijo el del bate-, el pecho sobre la almohada y las manos agarrando las rejas.

Me dejaron sólo unos instantes, pensé que se había acabado todo pero me equivoqué de nuevo. Volvieron a entrar con gritos de indios apaches y me machacaron durante al menos una hora más.

No les brindé un solo grito, no les obsequié ni una sola lágrima.

Estaban agotados, sudaban por todos los poros de su piel.

Yo no sentía ninguna parte de mi cuerpo, estaba de pie aún, agarrado a los barrotes pero no tenía cuerpo, no tenía piernas, no tenía brazos, estaba muerto, pero seguía de pie, sin gritar, sin llorar, pero cargado de odio, rabia e impotencia.

El del bate me hizo atravesar un largo pasillo. Al final, a la derecha, se abrió una reja. Me hizo entrar en una pequeña galería, más estrecha que las anteriores y a medio camino, me introdujo en una pequeña celda. Dos metros de largo, un metro de ancho, cuatro metros de alto, un camastro de hierro

adosado a la pared, un agujero para cagar y un grifo encima, una pequeña ventana de dos por dos palmos, a tres metros de altura, sin cristal.

Me situé en la pared del fondo, los brazos separados del cuerpo, las piernas abiertas y mirando al suelo.

.-¡Vaya, no hace falta que te lea las normas! ¿Has estado en la quinta, verdad?.

La quinta, era la galería de tortura de la Prisión Modelo de Barcelona.

En Ocaña, como en Barcelona, estaba prohibido tumbarse en la cama durante el día, sólo podías sentarte.

Llegó la hora de la comida, un carcelero abrió mi celda.

.-¡Vaya, no tienes plato! Este no come.

Al rato, una voz me llamaba desde el patio.

.-¡Ese anarca! ¡No veas la que os han metido! ¡Hace años que no torturaban así a nadie!. Toma –me dijo-.

Por la ventana me introdujo un transistor y un billete de mil pesetas.

.-Ya me lo devolverás cuando salgas colega y si no nos vemos, que lo disfrutes.

.-Gracias –le dije flojo, con las pocas fuerzas que me quedaban-.

Llegó la hora del economato, un preso pasaba celda por celda, te preguntaba qué querías comprar, le pasabas el dinero por debajo de la puerta y, por la tarde, te dejaba en la puerta lo que habías pedido, de cambio, te devolvía lo que le apetecía o no te devolvía nada.

.-¡Economato! –dijo cuando llegó a mi puerta-.

.-No tengo dinero –le mentí- No quería comprometer a nadie.

Llegó la hora de la cena.

.-¡Vaya, aún no tienes plato!.

Llenó el cucharón con una pasta espesa, debía ser comida para cerdos, y estampó su contenido contra el suelo de mi celda.

Cuando cerró la puerta, recogí como pude aquella pasta y la tiré por el agujero del water.

Estaba empezando a oscurecer. La luz de la celda estaba apagada. No podía sentarme en la cama de hierro, empezaba a dolerme todo el cuerpo. Caminaba, dos pasos hacia delante, dos hacia atrás. Desnudo todavía. No había luna esa noche, no conocía el nuevo espacio y cuando se el cielo se volvió totalmente oscuro no podía caminar porque me golpeaba los pies descalzos con las patas de la cama.

De repente, se encendió la bombilla, la luz cegadora me dejó unos instantes sin vista.

Se abrió la puerta de mi celda y un preso arrojó dentro un saco manchado de sangre, excrementos y orina, en su interior, contenía trozos compactos de esparto, era el petate o colchón.

Al poco me sacaron de la celda y me llevaron a la oficina de los carceleros. Seis carceleros blandían en sus manos bates de diferentes colores.

Me entregaron tres telegramas, uno de mi compañera, otro de mi madre y otro del abogado, decían:

“Tranquilo sabemos donde estáis, estamos gestionando para que os vuelvan a llevar a Segovia”

.-¡Lástima! –dijo uno de ellos-, desde Segovia nos habían prometido que teníamos cinco días para divertirnos con vosotros. En ese preciso instante supe que no me iban a torturar más.

Me llevaron de nuevo a mi celda.

.-¡Ala, a dormir si puedes! –dijo burlón el carcelero-.

Extendí el saco sucio sobre la cama de hierro e intenté distribuir lo mejor posible los trozos compactos de esparto.

Hasta que anunciaran silencio, no podía tumbarme en la cama, aunque estaba seguro de que aquella noche no iba a poder hacerlo por el dolor.

.-¡Silencio! –gritó una voz ronca desde el principio de la galería-.

La luz permaneció encendida toda la noche, así todos los días que permaneciese en aquel agujero.

Me tumbé en el camastro y descubrí que no podía, me dolía todo el cuerpo. Me senté, apoyé la cabeza contra la pared y empecé a dormir en aquella posición. Durante toda la noche, a cada hora, entraban carceleros en la galería. Cuando oías la cancela, tenías que levantarte y ponerte en la pared del fondo. Cada vez que entraban, iban a alguna celda, abrían la puerta y torturaban durante unos veinte minutos a quien estuviera.

Gritos desgarradores, golpes de porras y bates estrellándose contra seres humanos.

Era imposible dormir, nunca sabías cuándo te iba a tocar a ti.

Esa situación se repetiría, día tras día, durante los sesenta días que estuve en esa celda.

VIII

No había podido dormir en toda la noche.

.-¡Diana! –gritó una voz desde el principio de la galería.

Hicieron el recuento. Abrían las celdas de una en una.

.-El petate fuera de la celda –me gritó un carcelero-.

Media hora más tarde me sacaron de nuevo de la celda, me llevaron a la oficina de los carceleros. Ya nadie llevaba ni bates ni porras.

.-Recoja sus cosas y vaya a su celda –me dijo uno de ellos-.

Me habían robado una pipa de esponja, unas bombas de marca nuevas. Dos pantalones tejanos, un par de camisas nuevas y todas las fotos de mi compañera, de Yoyi, de Sole y de Aurori. Además me habían robado dos mil pesetas, los cabrones me habían dejado sólo quinientas.

Anunciaron la hora del desayuno.

Cuando abrieron mi puerta, el carcelero dijo.

.-Sigue sin plato, este no almuerza, que espabile.

Una hora más tarde pasaba el del economato, le encargué una botella de leche, dos paquetes de tabaco, cerillas, un vaso de plástico, un plato, también de plástico y una cuchara de alpaca.

Al poco volvieron a abrir mi celda.

.-El director quiere verle –me dijo el carcelero-.

Me condujeron hasta su despacho, allí estaban mis compañeros, tan destrozados como yo. Nos miramos a los ojos para infundirnos ánimo y resistencia.

.-¡Qué! ¿Les gusta este centro? –nos dijo el director-.

.-La verdad es que no demasiado –dijo Alcatraz-.

.-¿Les han tratado mal?.

Nos abrimos las camisas y le mostramos los pechos negros.

Apartó la vista dándose cuenta que se habían excedido con nosotros.

.-Ya no los tocarán más, de eso me encargo yo, pueden estar seguros –nos dijo-.

.-¿Porqué estamos aquí si no tenemos ninguna sanción? –le pregunté-.

.-Porque en Segovia están haciendo obras de remodelación –nos contestó-.

.-Deberíamos estar en régimen normal y no aislados, esta situación es ilegal le dije, le nombré tres o cuatro artículos de la Ley General Penitenciaria.

.-Se sabe el reglamento ¡eh!.

.-He tenido tiempo para aprenderlo –le contesté-.

.-Están aislados porque no quiero que me revolucionen a los presos.

.-No tenemos ninguna intención –le dije-.

.-Por si las moscas.

Quería dárselas de bueno y debía ser el más hijo de puta de todos –con respeto hacia su madre-.

Nos devolvieron a la celda.

Me permitían escribir una cuartilla por una sola cara y en letra grande y mayúscula a la semana. No podía tener bolígrafo ni papel en la celda. Te lo dejaban cinco minutos cuando te tocaba escribir a la familia. Sólo estaba permitido escribir a familiares directos. A mi compañera no podía escribirle porque no estábamos casados.

Recibía cartas de mi madre, de Yoyi, de Sole, de Aurori. Todas ellas abiertas, pasaban censura, las leían siempre antes que tú y si algo no les gustaba no te daban la carta y te lo decían.

No recibía cartas de mi compañera. En la situación en la que estaba no entendía que no me escribiera, Yo sabía que estaba enrollada con un compañero, pero lo entendía, bastaba que viniera a verme y me escribiera de vez en cuando. La verdad es que cuando salió de la cárcel -estuvo seis meses presa, también por el Caso Scala- estaba para comérsela, no era cuestión de guardarme fidelidad y perder el tiempo. Nadie sabía cuántos años me iba a tirar en la cárcel. Me pedían ochenta años. Si me condenaban en la Audiencia Nacional por terrorismo, cumpliría treinta años. Si me condenaban en la Audiencia Provincial de Barcelona por delito común, tendría que estar veinte.

Los tres primeros días no nos dejaron salir al patio. Al cuarto nos sacaron con el resto de los presos sancionados en aquél departamento celular. A los dos minutos se presentaban corriendo un montón de carceleros y otro tanto de antidisturbios.

.-A la celda, rápido –dijo uno de ellos-.

Apenas dos minutos de patio. No volvimos a salir de la celda hasta el octavo día ni siquiera dejaban que nos ducháramos. Ciento sesenta y ocho horas seguidas de celda sin ver a nadie más que al carcelero que te traía la comida o la cena.

Llegó la hora de comer, el del economato no llegaría hasta la tarde.

.-¡Qué! ¿Aún sin plato? Este no come. –dijo el carcelero-.

Una hora más tarde vino el del economato, me trajo todo lo que le había pedido y no me devolvió nada.

Lo primero que hice fue beber un trago largo de leche. Después me fumé un cigarrillo que me sentó estupendo. Puse la radio con el volumen muy bajito. Estaban dando las noticias de las tres de la tarde.

Diez minutos más tarde se abrió de nuevo mi celda.

.-Cacheo, salga fuera de la celda –me gritó un carcelero-.

Entraron tres carceleros y dos antidisturbios.

A la media hora me hicieron entrar de nuevo. Habían metido gran parte de mi ropa en el agujero del cagadero, el resto estaba tirada por el suelo llena de agua y de leche. Me habían destrozado los dos paquetes de cigarrillos.

.-¿Quién le ha dado esto? –me dijo mostrándome el billete de mil pesetas-.

.-Lo traía metido en el culo –mentí-.

.-¿Esto también lo tenía dentro del culo? –me dijo enseñándome la radio-.

Me dio un puñetazo en la boca del estómago y un gancho en la boca, me caí al suelo y estuvieron unos veinte minutos dándome patadas y pisándome. Me dolía enormemente pero no solté un solo grito.

Cerraron mi celda y me dejaron allí, tirado en el suelo como una mierda.

Me levanté, recogí la ropa del suelo y la puse a secar sobre el camastro de hierro. La que estaba en el agujero del cagadero no debía estar muy sucia, no lo había utilizado desde mi llegada.

Me senté sobre la cama y empecé a llorar, necesitaba desahogarme. Pensaba que cuando me dieran la libertad volvería aquí para matarlos a todos.

No tenía tabaco ni leche, sólo el plato, el vaso y la cuchara.

Llegó la hora de la cena.

Se abrió mi puerta.

.-No hay suficiente para todos, te quedas sin cenar –me dijo-.

Llevaba cuarenta y ocho horas en huelga de hambre forzada.

De tanto en tanto me sentaba en la cama, apoyaba la cabeza en la pared y me dormía. Durante el día no solían entrar a torturar a nadie.

Al octavo día me dejaron salir al patio.

.-Tiene media hora.

Cogí una toalla, una pastilla de jabón y una muda. Me lo coloqué todo enrollado debajo del sobaco derecho. Cuando no estaba en la celda tenía que caminar con los brazos abiertos, los dedos abiertos y mirando hacia el suelo. Me sacaban al patio de la tercera. A media galería se encontraba el retén de los antidisturbios. Dos armarios me cortaron el paso y empezaron a insultarme.

.-¡Hijo de puta asesino, si pudiésemos te matábamos aquí mismo!

.-Eres un cobarde, ahora no tienes cojones ¡eh!.

.-Así que te dedicabas a tirar cócteles y piedras a la policía.

.-¡Mírame a la cara! –me dijo uno-.

No sabía si obedecer o no, estaba prohibido mirarles a la cara.

.-¡He dicho que me mires a la cara, asesino de mierda!.

Me cogió la barbilla y me obligó a mirarlo. Tenía todos los dientes de oro, los de arriba y los de abajo.

.-Esto me lo hizo un hijo de puta como tú, en una manifestación.

.-Te jodes –pensé-.

.-¡Anda, pasa maricón!.

Me habían entretenido un cuarto de hora. Llegué al patio, no había nadie. Me metí en la ducha, el agua estaba helada, no había grifo de agua caliente. Estábamos a finales del verano y a mí, en estas fechas siempre me ha encantado el agua fría, estuve casi diez minutos relajándome debajo del chorro de agua. Me seque, me puse la muda nueva y volví al patio. ¡Qué gozada! Estaba como nuevo. No habían pasado ni cinco minutos, a penas había dado dos vueltas al patio y apareció un carcelero.

.-Fin de patio.

De vuelta a mi celda la misma operación con los antidisturbios. Así sucedió imperturbablemente, día tras día, durante los sesenta que estuve en esa galería de tortura diaria a la que llamaban “el tubo”.

A los quince días nos llevaron de nuevo ante el director.

.-¡Vaya, vaya! ¡Así que no tienen sanciones, eh!. Aquí pone que usted es el cabecilla –me dijo-.

Me pasó el texto de las sanciones, todo cuanto allí se decía era mentira. No constaban como sanciones ni el intento de fuga ni el secuestro de los dos carceleros ni el periódico que le robé al Nazi. Todas las sanciones, cuatro en total, eran por agresiones físicas a los carceleros, en total, ciento veinte días de celdas de aislamiento en régimen especial y vigilado.

Luís, Nico y Alcatraz no tenían sanciones.

.-Ustedes tres regresan la semana que viene a Segovia. –les dijo-.

Arturo tenía una sanción de sesenta días, también por agresiones a carceleros. Todo era mentira, nunca hemos agredido a ningún carcelero, así se lo hicimos saber al director.

.-Si no están de acuerdo ya saben que la Ley les ampara, pueden negarse a firmar y presentar un recurso de alzada ante la Dirección General –nos dijo-.

.-De acuerdo –le dijimos- no firmamos.

Nos devolvieron a nuestras celdas.

Diez minutos más tarde se presentaban en mi celda tres carceleros y tres antidisturbios. Los carceleros llevaban bates, los anti disturbios, la porra reglamentaria.

.-¿Firma o le hacemos firmar? –me dijo uno-.

Estaba claro, tarde o temprano me harían firmar, les quedaban ciento cinco días para torturarme. Firmé. Aún así, me dieron una paliza.

.-Por chulo –dijo uno cuando se iban-.

El director nos había dicho que no nos torturarían más y a mí ya me habían torturado en dos ocasiones después de la entrevista. Estaba claro que todo era mentira, iban a hacer conmigo lo que quisieran, cuando quisieran y como quisieran.

.-Con sanciones, se le restringe el tiempo de patio. Un cuarto de hora cada tres días.

Era el mes de septiembre de mil novecientos setenta y nueve, en un par de meses cumpliría los veintiún años, esperaba para entonces, estar ya en Segovia.

La patrona de los presos es la Virgen de la Merced y siempre, en esa fecha, se concede un indulto a los sancionados, por el que te reducen el tiempo de aislamiento a la mitad. Los ciento veinte días se me quedaron el sesenta, Me quedaban treinta y seis duros días. Setenta y dos horas seguidas de celdas, un cuarto de hora de patio al que no conseguí llegar un solo día. Los antidisturbios se entretenían conmigo un cuarto de hora cada día, me resultaba ya una especie de tradición.

Un día, cansado de saber que al fin y al cabo no llegaría al patio, me negué a salir, no habían pasado ni tres minutos y ya me estaban torturando. No había más remedio, había que salir aunque no llegara nunca.

.-Hoy no sales, se te ha acabado el tiempo –me dijeron dejándome de nuevo tirado en la celda-.

Seguía sin recibir noticias de mi compañera, no entendía cómo me podía hacer una putada así en aquellas circunstancias de extremada soledad y

desesperación. Decidí que, una vez en Segovia, le escribiría mi última carta y me despediría de ella para siempre.

Cuando llevaba treinta días de aislamiento, abrieron mi puerta.

.-El director quiere verle.

Me condujeron a su despacho.

.-¡Hola, amigo! –síntese-.

.-No soy su amigo y estoy mejor de pie –le contesté-.

.-No se baja del burro, ¡eh!.

.-Es lo que ustedes quieren ¿no? –le dije-.

.-Le trataríamos mejor si lo hiciera.

.-Tengo mis convicciones ideológicas y sé que la lucha que defiendo es justa, no suelo venderme al enemigo –le dije-. ¿Me ha llamado para algo en especial o desea hablar conmigo de filosofía?.

.-Ha venido a verlo su familia. ¿Está usted casado?.

.-No.

.-Me lo suponía... Ustedes los anarquistas... Pues lo siento, su compañera no puede entrar.

Me daba lo mismo, estaba decidido a pasar de ella ¿Qué coño hacía viniendo a verme? ¿Pretendía vacilarme a caso?.

.-En el locutorio de comunicaciones, en el lado de su familia, habrá un funcionario. Si explica una sola palabra del régimen interno le cortamos inmediatamente la comunicación y le apretamos un poco más el tratamiento.

.-¿Cuánto tiempo tengo para comunicar?

.-Diez minutos.

.-¿Sabe que vienen de Barcelona?

.-Lo sé.

.-Por favor, no vuelva a llamarme “amigo mío” me ofende, usted es, ha sido y será siempre mi enemigo.

.-Como quiera. Hasta que se vaya a Segovia no volveremos a vernos más.

Me condujeron al locutorio de comunicaciones.

Allí estaban mi madre, mi padre, una hermana suya y su marido.

._¡Ay, nene, qué tranquilos nos hemos quedado! Nos han dicho que os tratan muy bien aquí, que hacéis deporte cada día –dijo mi tía, que nunca se ha enterado de nada-.

Miré a mi madre a los ojos, ella sabía qué tratamiento utilizaban aquí, se lo había contado yo en innumerables cartas, informaciones de otros compañeros. Abrí el cuello de mi camisa, tenía el pecho de color negro.

A mi madre se le saltaron las lágrimas y no pude contenerme, el instinto me jugaba una mala pasada. No había dicho nada, tan sólo un par de lágrimas.

.-Se ha acabado la comunicación –dijo el carcelero- no habían pasado ni tres minutos.

Miré de nuevo a mi madre y me puse el dedo sobre los labios, me entendió perfectamente.

Cuando llegué a mi celda me estaban esperando tres carceleros y tres antidisturbios, me dieron otra paliza, esta vez estuvieron golpeándome al menos una hora, me dejaron tirado en el suelo, intenté levantarme pero esta vez no lo conseguí. Tardé unas dos horas en poder incorporarme.

No aguantaba más, estaba desesperado, la rabia, el odio y la impotencia me corroían. Estaba decidido a suicidarme, una boquilla de cigarrillo quemada, un par de cortes profundos en las venas, abrir el grifo, sentarme en el cagadero y

dejarme desangrar lentamente. Dicen que cuando te desangras llega un momento en que sientes un mareo parecido a una alucinación, podía ser una muerte bonita.

Pero me vino, en ese preciso instante a la memoria, las lágrimas de mi madre y el recuerdo de tantos y tantos compañeros que llevaban años en la misma situación que yo y resistían, en tan solo un mes no podía rendirme, no podía darles ese gusto.

Lloré largo rato de pensar que casi habían acabado conmigo, me desahugué, me sequé las lágrimas y respiré profundo. El odio y la rabia hicieron que mi cuerpo se estremeciera. Recuperé en un instante todas las fuerzas que tenía para seguir resistiendo.

Un día, no sé porqué, me dejaron salir a la ducha y después me dejaron casi una hora de patio, evidentemente solo como siempre. Cuando volví a mi celda, estaba ocupada por otro preso.

.-Tranquilo –me dijo- sólo unas horitas, están desinfectando la tercera galería. Respiré aliviado, una celda de tres metros cuadrados no era apropiada para compartir espacio.

Estuvimos una hora hablando, me contó que llevaba un año y medio en el celular y que se había tirado casi un año en el tubo.

.-Allí, en la tercera no torturan, empiezo a aburrirme –me dijo- ¿Qué te parece si liamos una pajarraca y les provocamos para que nos curren?.

.-Mira colega, yo no soy masoca, ya me torturan casi a diario sin hacer nada. Mejor te esperas y cuando te lleven a tu galería, fuera de esta celda, la lías tú solito.

.-¡Vale colega! No lo había pensado.

Efectivamente, una hora después se lo llevaban a su celda de la tercera galería. En el momento en que cerraban la puerta de mi celda, les lió la pajarraca y le metieron una paliza allí mismo, que si no se cagó, debió ser de milagro. Seguro que esa noche durmió a gusto.

IX

El hecho de haberme permitido el día anterior, ducharme y salir al patio tanto tiempo, debía haber sido fruto de la casualidad o, tal vez, de la benevolencia de la guardia de aquél día, el caso, es que no volvió a suceder. Eso sí, ya no volvieron a torturarme más.

A los sesenta días en celdas de aislamiento, cumplidas las sanciones, con el correspondiente descuento concedido el veinticuatro de septiembre, me sacaron del tubo para meterme en la tercera galería.

Me metieron en la misma celda que Arturo (compañero del Caso Scala), él ya llevaba algún tiempo solo en esa celda, sus sanciones de sesenta días, habían sido reducidas a treinta por la festividad de la Merced.

Nuestros cuerpos ya no presentaban señal alguna de las torturas.

Con migas de pan, una sábana y un bolígrafo, confeccionamos un parchís y unas damas. Nos pasábamos el día jugando, porque hablar, hablábamos poco, pocas cosas teníamos que comentarnos.

Las celdas de esa galería eran más amplias, unos doce metros cuadrados. La ventana, de barrotes también pero un poco más grande, nos permitía ver pasar los coches por la carretera de Toledo. Allí, en la carretera, había una parada de

autobús y por la mañana y por la tarde había hombres y mujeres esperando el transporte público. Nosotros mirábamos sólo a las mujeres.

Nos permitían una hora de patio al día y escribir dos cartas din A cuatro por las dos caras, a la semana.

Por las noches, a la hora de dormir, apagaban la luz y no venían a torturar a nadie, con lo que podías conciliar el sueño.

Yo seguía sin recibir carta de mi compañera y Arturo se divertía torturándome mentalmente.

.-Ya te había dicho que está enrollada con José. –me decía-.

Un buen día, cuando llevábamos una semana juntos, me dijo.

.-¿Sabes una cosa? Me aburro. ¿Por qué no nos curramos y desahogamos un poco de adrenalina?.

.-¿No has recibido suficientes torturas? –le dije-.

.-No, sólo las del primer día.

Empezó a darme puñetazos y tuve que defenderme. Acabamos abrazados en el suelo. Lo contuve como mejor pude y se acabó la pelea.

.-Mira colega –le dije- Si esto te va a dar cada día, prefiero que me devuelvan al tubo, por lo menos, allí tengo claro que ellos son mis enemigos.

Al día siguiente, un carcelero nos comunicaba que teníamos que barrer y fregar la galería.

.-Nosotros somos presos políticos –le dije- no hacemos trabajos forzados.

En cinco minutos se presentaban en nuestra celda cinco carceleros y cinco antidisturbios.

.-¿Presos políticos o terroristas de mierda? –nos dijo un carcelero-.

Cogimos los materiales de limpieza y empezamos a limpiar.

A los catorce días de estar juntos en aquella celda, nos comunicaban que al día siguiente, nos trasladaban a Segovia.

En efecto, al día siguiente por la mañana, un carcelero abría la puerta de nuestra celda.

.-Recojan sus cosas, en una hora salen para Segovia.

Nos pusimos manos a la obra. El día anterior no habíamos preparado las bolsas porque podía ser una vacilada de esos cabrones de mierda.

Pasamos por la celda de cacheo, habitual en todas las cárceles cuando hay traslados. Allí me dieron un montón de cartas atadas con una cuerda. Eran veintidós cartas de mi compañera.

.-¡Hijos de puta! –pensé-.

X

En cuanto llegamos a Segovia, nos metieron directamente en celdas de aislamiento. Solos otra vez.

Ese mismo día, a través del preso que se encargaba de hacer los pedidos de economato me enteré que en la misma situación de aislamiento se encontraban Pepe, Agustín y Luís.

El régimen de aislamiento de Segovia era diferente al de Ocaña.

Podíamos pasar los recuentos en la cama, nos permitían escribir las cartas que quisiéramos cada día, eso sí, seguían censuradas, por lo que tenías que entregarlas con el sobre abierto. Nos permitían una hora de patio al día, pero seguíamos en régimen de incomunicación, y por ello, salíamos solos al patio, de uno en uno.

Al día siguiente de llegar a Segovia escuché la voz de Pepe.
.-¡Ese colega! ¿Cómo lo has pasado en Ocaña?.
.-A tortura casi diaria –le dije-. ¿Dónde has estado tú?.
.-En Burgos.
.-¿Y qué, mucha caña?.
.-¡Que va, colega, ni nos tocaron!.
.-Me alegro por vosotros –le dije- ¿Sabes? Comisaría, comparada con Ocaña, no es nada.
.-¡Hijos de puta!. Abría que hacer un comunicado para pasarlo a los compañeros de la calle.
.-¡Vale! Me encargo. Mañana te lo hago llegar.
Esa tarde escribí el comunicado explicando la situación de Ocaña y la actual situación de incomunicación de Segovia.
Al día siguiente, cuando el carcelero me traía en desayuno, le dije.
.-¿Le podría pasar este libro a Pepe?.
.-Ahora mismo se lo doy.
Era el libro de Don Quijote de la Mancha, dentro había tres hojas manuscritas con el comunicado, pero me había olvidado que Pepe no era muy asiduo a la lectura y sobre todo, me había olvidado que los carceleros eran conscientes de ello. Me di cuenta justo en el momento de entregarle el libro al carcelero. ¿Tan mal me habían dejado en Ocaña, para perder los reflejos?.
Media hora más tarde se presentaba el Nazi en mi celda, con el Don Quijote en una mano y el comunicado en la otra.
.-Veo que quiere volver a Ocaña – me dijo sonriendo-..
.-Haz lo que te de la gana, hijo de puta –le dije-. Mi propuesta sigue en pie, cuando salga, volveré para matarte.
Al día siguiente nos llevaban a los cinco aislados a la oficina del director. Allí, en la butaca, sentado, en vez del director estaba el Nazi.
.-Les hago una propuesta –nos dijo-. Si me piden disculpas delante de todos sus compañeros hoy mismo se acaba el aislamiento.
.-Que te den por el culo, hijo de puta –le dijimos al unísono, sin tenerlo ensayado-.
A los dos meses de aislamiento en Segovia yo ya no podía más. Llevaba ciento treinta y cinco días sin ver a nadie, salvo al carcelero que me traía la comida y la cena. Decidí montarme una historia a través del tembleque de mis manos. Sabía que en la prisión no había psiquiatra, de modo que, si lo solicitaba, tenía que venir a verme un psiquiatra del Hospital Provincial de Segovia, de modo que hice la instancia correspondiente.
Dos días más tarde me comunicaban que, al día siguiente, a las nueve de la mañana, tenía visita con un psiquiatra del hospital Provincial.
Le encargué al preso del economato tres litros de café y cinco paquetes de cigarrillos negros. Esta vez, el del economato se enrolló, fue a ver a mis compañeros de la primera galería y me trajo medio gramo de cocaína.
Pasé toda la noche bebiendo café, metiéndome una tras otra, diez rayas que conseguí hacer y fumando uno tras otro, los cien cigarrillos, sin pegar ojo.
Al día siguiente por la mañana abrieron mi celda y me condujeron al despacho del director, allí estaba el psiquiatra del Hospital Provincial. Me ofreció un cigarrillo negro y cuando intenté cogerlo, me temblaban tanto las manos que le tiré el paquete al suelo.
.-Ya veo que está muy mal –me dijo-. Voy a recetarle unos tranquilizantes.

.-No quiero drogas –le dije-.

.-¿Entonces?.

.-Quiero un diagnóstico psiquiátrico.

.-Desequilibrio psíquico –me dijo-.

.-¡Vale! Haga un parte para la dirección.

.-Pero... Usted está muy mal, debería tomar algún tranquilizante.

.-Se lo voy a explicar claramente –le dije-. Llevo cuatro meses y medio en celdas de aislamiento, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, ya no aguanto más. No puedo dormir, me paso el día llorando y hablando con las paredes. Si usted no hace el parte psiquiátrico, mañana me suicido. ¿Asume usted la responsabilidad?.

.-Pero... Yo no puedo hacer nada para que lo saquen de aislamiento. No soy facultativo de prisiones.

.-Usted haga el parte psiquiátrico, del resto me encargo yo.

Las juntas de régimen, en Segovia, eran cada semana, los martes creo. De modo que con aquél parte psiquiátrico debía salir de celdas de aislamiento la siguiente semana.

El martes por la mañana estuve preparando mis cosas para ir a la primera galería.

Transcurrió la mañana y nadie me decía nada. Pasó la hora de la comida y seguía sin saber nada, Después de la siesta, aporreé la puerta de mi celda y conseguí que viniese un carcelero.

.-¿Cuándo salgo de celdas? –le dije-.

.-No sale.

Al día siguiente me levanté temprano. Como pude, me subí a la ventana de la celda y esperé a que alguien de la primera galería, o sea, alguien de mis compañeros, saliese a comunicar. Era día de comunicaciones.

Los músculos de mis piernas empezaban a entumecerse. A las tres horas de estar subido a la ventana vi. a un compañero de Grupos Autónomos de Valladolid y le expliqué la situación.

.-Tranquilo –me dijo- la semana que viene sales de celdas.

Los cinco compañeros aislados, decidimos que si la siguiente semana no salíamos todos de celdas de aislamiento, nos declarábamos en huelga de hambre y sed, a muerte.

XI

El martes de la semana siguiente, tal como me había prometido el compañero de Valladolid, salía de celdas de aislamiento.

Pero antes de llevarme a la primera galería me hicieron pasar por la oficina del director, donde me esperaba el Nazi.

.-Ha salido de celdas por un parte psiquiátrico, pero le aseguro que en cuanto se recupere lo vuelvo a meter en celdas de aislamiento y no sale en su vida.

.-Que te del por el culo –le dije-.

Media hora más tarde estaba instalado en la primera galería con el resto de mis compañeros libertarios. Les comuniqué que habíamos decidido que si no salíamos todos de celdas ese día, nos declarábamos en huelga de hambre y sed a muerte.

Convocamos a todos los compañeros en la sala del televisor y tras una hora de discusión nos declarábamos en huelga de hambre.

A través del preso encargado del economato, comunicamos a los cuatro compañeros que seguían en celdas de aislamiento nuestra decisión de iniciar la huelga de hambre y pidiéndoles que no la hicieran de sed, que iba a ser una lucha larga, pero que al final íbamos a ganar la batalla.

Continuamos la asamblea en la sala del televisor y elaboramos una tabla reivindicativa.

.-Salida inmediata de los cuatro compañeros en celdas de aislamiento.

.-Salida inmediata de una compañera que estaba siendo torturada en el psiquiátrico penitenciario de Madrid.

.-Traslado al Penal de Segovia de un compañero que estaba siendo torturado en el duro penal de Herrera de la Mancha.

.-Ampliación de las comunicaciones con familiares y amigos, de media hora a una hora.

.-Ampliación de las comunicaciones “vis a vis”, de una hora a dos horas y media.

.-Platos y vasos de cristal.

.-Cese inmediato de la persecución que los carceleros de Segovia ejercían sobre los anarquistas.

.-Cese inmediato del cuerpo de prisiones de los carceleros Herminio Rodríguez Maeso “ alias el Nazi”, de Julián Blanco y del director de la prisión.

Una vez elaborada la tabla de reivindicaciones enviamos una copia a la dirección del centro, otra a la dirección general de instituciones penitenciarias, otra a la Audiencia Nacional, otra al Parlamento, otra a la CNT y otra a la Agencia EFE.

Iniciamos la huelga de hambre ese mismo día.

Estuvimos veintitrés días en huelga de hambre, la agencia EFE no publicó la noticia, la CNT tampoco.

Conseguimos casi todas nuestras reivindicaciones. El director fue substituido por otro. Lo único que no conseguimos fue que echaran al Nazi y al Julián.

Rabiosos, se dedicaban a provocarnos día a día.

Los compañeros de la CNT de Cuellar, un pueblo cercano a Segovia, se habían enterado que tanto el Nazi como el Julián, tenían concesionarios de Renault en Segovia. Elaboraron carteles con sus fotografías y sus nombres. Estuvieron dos meses repartiendo octavillas y enganchando carteles por la ciudad. Por las noches se dedicaban a hacer pintadas en los cristales de sus concesionarios.

Sus ventas habían bajado considerablemente, más que en solidaridad con nosotros, supongo que por miedo a posibles represalias.

A los dos meses, el Nazi y el Julián, nos pedían una reunión.

Acabamos pactando el cese de las hostilidades por ambas partes.

La vida en el Penal volvió a ser como antes de los secuestros.

La huelga de hambre de veintitrés días y la victoria de la lucha supuso la reunificación de todos los libertarios en una sola comuna.

Recuerdo un día que estábamos todos en la sala del televisor, viendo una película del Robert Redford –creo que era-, en la cárcel, una película en que hacían una apuesta a ver quién se comía más huevos duros.

A algún compañero se le ocurrió montar una apuesta semejante.

.-¡El Xavi, que lo haga el Xavi! –propuso Agustín-. Cocino veintitrés raciones de espaguetis con paté y atún que te gusta tanto y te las comes.

.-¡Vale! –dije- pero con una condición. Durante una semana me bebo las cervezas de todos.

.-¡Vale! –dijeron-. Pero te los tienes que comer todos el mismo día.

Al día siguiente me comía veintitrés platos de espaguetis y me bebía veintitrés cervezas. Estuve seis horas comiendo, tres por la mañana y tres por la tarde, después de la siesta.

Finalizada la apuesta, tuvieron que tumbarme en la cama, no podía ni andar. No pegué ojo en toda la noche, sentía que, de un momento a otro, me iba a reventar el estómago. Me levantaba cuando podía, bebía un poco de agua y hacía algunas flexiones, para tumbarme de nuevo en la cama.

Al día siguiente estaba hecho polvo, pero la apuesta era la apuesta y me bebí las veintitrés cervezas que me correspondían.

Al siguiente día las compartí con Luís y Arturo y los días sucesivos, con dos compañeros diferentes cada día.

Empezaron a llegar los juicios. Los compañeros de Grupos Autónomos de Madrid y Barcelona consiguieron, unos la absolución y otros, condenas que les permitían salir de la cárcel inmediatamente.

A los del Caso Scala nos trasladaron a la Modelo Barcelona para la celebración del juicio, finalmente nos iban a juzgar como presos comunes.

Luís salió en libertad al finalizar el juicio, lo habían condenado a cuatro años y llevaba tres. A Arturo, a Pepe y a mi, nos condenaban a dieciséis años a cada uno.

Un año y medio después del juicio me trasladaron a Madrid, a la prisión de Carabanchel y tras un mes allí me trasladaron al Penal de Segovia.

Me estaba esperando el Nazi, aquél día no le tocaba guardia pero enterado de mi traslado vino a recibirme.

.-¡Qué! ¿Inocente, no? –me dijo sarcástico-.

.-¡Que te jodan tio!

.-Veo que quiere volver a celdas de aislamiento.

.-Haz lo que te de la gana, mamonazo.

Me llevaron a la primera galería, con el resto de compañeros que cumplían condena allí, unos diez quedaban.

El régimen interno había cambiado totalmente. Estaba totalmente prohibido que se reunieran más de tres presos en una misma celda y yo, para tocar los cojones a los carceleros, abría la puerta de una celda en la que ya había tres compañeros reunidos, me sentaba fuera y conversaba con ellos. Los carceleros venían a decirme que aquello estaba totalmente prohibido y yo les contestaba.

.-Ya lo sé, pero no estoy en la celda, estoy en el pasillo ¿También está prohibido?.

Evidentemente, aquel supuesto no se recogía en la nueva normativa interna, por tanto les resultaba imposible sancionarme.

Como yo los puteaba situándome en todas las ocasiones al borde de la normativa, sin pisar la raya de sus normas, el Nazi y el Julián, se dedicaron a perseguirme, a provocarme, a intentar hacerme la vida imposible. De modo que le pedí a mi madre que fuera a la Dirección General de Prisiones y que me consiguiera el traslado a otro penal.

En la Dirección General, controlada ya por los socialistas, le pasaron un proyecto innovador, copiado del sistema penitenciario sueco que pretendía que

los presos, a partir de la clasificación en segundo grado, hicieran actividades de acercamiento a la vida en la calle.

Se trataba de un proyecto que me resultó apetecible, era en el penal de Ocaña II –inaugurado por los socialistas-, situado justo al lado del de Ocaña I, donde años atrás me habían torturado durante tantos días.

Mi madre consiguió que nos llevaran allí a Arturo y a mi.

En cuanto llegamos al nuevo penal, descubrimos que los dos carceleros que nos recibían y nos cacheaban, eran dos de los que años atrás nos habían torturado en el penal de al lado.

La prisión era totalmente moderna, con unos talleres llenos de máquinas fresadoras tornos nuevos que nadie utilizaba nunca. Un polideportivo con gradas al que no nos dejaron ir jamás y un campo de fútbol al lado del patio, al que sólo nos dejaron ir tres días, en los siete meses que pasé allí.

No tardamos en darnos cuenta que todo lo que mencionaba el proyecto socialista, como de costumbre, era mentira. Los carceleros que allí trabajaban estaban todos pendientes de juicios por torturas en las prisiones celulares más duras del Estado.

Una vez me encontraron un porro y por no chivarme de quien me lo había pasado, me sancionaron a catorce fines de semana en celdas de aislamiento y a no salir de permiso penitenciario mientras permaneciera en aquel penal.

El Penal de Segovia, con nuestra salida hacia otros penales, se convirtió en uno de los peores del país. No había práctica de torturas pero el régimen interno era excesivamente duro y lo tuvieron que soportar durante bastantes años los compañeros libertarios que acabaron en él.

Barcelona, 20 de junio de 2003
Xavier Cañadas Gascón